LA CIUDAD ABANDONADA – JOSÉ DE LA CUADRA

CUENTO PARA REVISTA GRÁFICA

1

Ignoro donde se originó la historia que voy a contar. La verdad tampoco estoy seguro de si sucedió alguna vez. Probablemente, sí. A lo mejor ocurrio en cualquiera de esas islas del Pacífico nuestro, que solían visitar el inca Túpac Yupanqui y el inca Huayna Cápac, y en las que, según es fama y lo afirman los más severos cronistas de Indias, aquellos soberanos fundaron maravillosas capitales.

Poco más o menos así se expresó el capitán de altura Pedro Eusebio Santos, reputados como el más experto piloto de la derrota a las Galápagos.

El capitán Santos era un marino de bastante ilustración profesional. Conocía bien su oficio, y de su serenidad y pericia se hacía lenguas la gente de mar en las noches de alcohol del barrio de la Tahona. Sin embargo, era innegable que Santos gustaba de dar rienda suelta a su imaginación; y, en ocasiones, su crédito de hombre veraz estuvo gravemente comprometido por tales licencias que me atrevo a calificar de desmesuradas. En fin, cada quién es como sus padres lo hubieron, y no es cosa de que me ponga yo a esta hora a enmendarle la plana al par de cholos bravos que dieron el ser en Malabrigo a ese florón de la marina mercante ecuatroriana, reputado como el mas experto piloto de la derrota a las Galápagos. Sea como fuera, el capitán era así.

Por lo demás, lo único que altero de su narración es la manera de exponerla; mientras él la hacía deslizar plácida, igual que corre el Guayas por su isla natal de Malabrigo, la agito yo con el diálogo. Y eso es todo.

2

Felipe Pérez volvía de tierra adentro. Tres días hacía que faltaba de su bohío de la playa, junto al mar. En la puerta lo esperaba su mujer.

Desde lejos, Felipe Pérez gritó:

--- ¿Qué hay, Catalina?

Catalina era una hembra tranquila y hacendosa. En ese instante amputaba las agallas a un cazón gigantesco. Concluyó su operación y alzó los ojos para su marido.

--- ¿Qué hay, Felipe? ---dijo--- ¡Te has tardado!

--- Ajá. Anduve lejos. Por allá.

Con la mano señaló hacia la cordillera que dominaba la isla.

Estaba preocupado el hombre.

La mujer lo advirtió en seguida.

Le preguntó:

--- ¿Qué has cazado?

Felipe mostro la bolsa de cuero de venado. Estaba vacía.

--- Nada ---respondió.

--- ¡Y has demorado tres días! ¡Y has andado por los cerros!

--- Ajá.

Se recogió de cuclillas y se quedó silencioso.

Insistió la mujer:

--- ¿Se te mojó la carga? ¿Se te daño la escopeta?

--- No

Felipe Pérez no desviaba la mirada de la cordillera remota, cuyos picos humedos, desdibujados, tapaban el horizonte, contra el cielo profundo.

De pronto, dijo:

--- Con ese pescado harás una cazuela, Carolina. Pero ahorita. Tengo un hambre que no veas.

Así parecía ser, en efecto. Que no veía. Se restregó los ojos con las manos e inclinó la mirada perdida, apartándola de los cerros.

3

Por la noche ---esa misma noche--- Felipe Pérez le hizo a su mujer la confidencia.

Estaba revolviéndose en la piel de vaca, sin curtir; friolento por la brisa que venía del mar. No había podido dormir. Y la luna estaba alta.

Al cabo le hizo a su mujer la confidencia:

--- ¿Sabes, Catalina? Allá, en los cerros, he encontrado un pueblo. Está vació; es muy grande, y las casas son de piedra. Ha de ser algún pueblo de los indios, quizás. En las casas hay muebles y todo. ¡Fíjate lo que hallé en una!

Le enseñó Catalina una figurita de metal que rebrilló la luz de la luna.

--- Parece un santo ---murmuró la mujer.

Felipe Pérez asintió.

--- Y es de oro ---dijo---. Hay muchos así. ¡De oro! Yo no pude traerlos. Pesan como una tortuga.

De improviso el hombre se irguió sobre la piel de vaca:

--- Nos iremos allá, Catalina, nos iremos a vivir allá, ¿verdad? ¡Seremos ricos! Mañana nos iremos.

La mujer se conformó. Pero no deberían ir solos. Sería peligroso. Tendrían que invitar al compadre José Inés Zambrano, y a su tío, Zabulón Banchón, el pescador. Irían los cuatro. Dejarían para siempre Punta Podrida, este pueblo pobre y hediondo.

Así ocurrió. A la semana siguiente, partieron los cuatro: Felipe Pérez y su mujer, José Inés Zambrano y Zabulón Banchón.

Se instalaron en el poblado indio y saquearon cuanto pudieron. Estuvieron solos un tiempo; pero los habitantes de Punta Podrida averiguaron el asunto, y siguieron en breve la ruta de sus convecinos.

Después de poco, todos se trasladaron allá.

Punta Podrida quedó abandonada. La maleza le fue estrechando en un abrazo prieto, y la invadió el hedor de la marisma acabando por sumirse en él el último humor humano.

Soplaba la brisa del mar…

4

La nueva ciudad fue rica y hermosa. Se llamó Santa Fe. Sus pobladores vivían de la caza del oro. Lo buscaban por todas partes, removiendo escombro y escarbando tumbas. Más adelante tropezaron con una mina y la explotaron.

Habían construido una soberbia carretera hasta el mar, y en la costa, un puerto. Este puerto quedaba juntamente opuesto a la antigua Punta Podrida, de quién nadie se acordaba ya.

Pasaron varias generaciones.

5

Emilio Pérez detuvo su automóvil frente a la casa de su novia. Traspuso el zaguán blasonado. Trepó a zancadas abiertas las escaleras de mármol, anchas y suntuosas.

--- ¡Santa!, ¡Santa! ---gritó.

Lo recibió la muchacha en el gabinete íntimo. Por las amplias ventanas, se metía el rumor ensordecer de la ciudad atrafagada. Habían que alzar la voz para oírse.

Hablaron largo rato. Trazaron proyectos. Soñaron ensueños. Les era rosada la vida.

--- Nos casaremos por abril.

--- Cuando el verano amanezca.

El hombre anunció, jubiloso:

--- ¿Sabes, Santa? Ya terminaron nuestro bungaló en la hacienda. Está a la orilla del mar. El sitio aquel se llamaba antes Punta Podrida. Lo leí en un mapa antiguo. Feo nombre, ¿verdad? Sería porque habría allí una marisma. Y apestaría, sin duda. Pero ya se ha secado.

--- Ajá

Santa Zambrano sonrió dulcemente a su novio, Emilio Pérez.

Descendía esta pareja de los compadres José Inés Zambrano y Felipe Pérez, vecinos que fueron de Punta Podrida. Pero la pareja lo ignoraba.

6

Se casaron por abril, cuando amanecía el verano. Partieron a Punta Podrida y pasaron en su agria soledad la luna de miel.

Un día, Santa dijo a su marido:

--- ¡Viviría siempre aquí! Es maravilloso este paisaje. Está una en contacto con la naturaleza. Más cerca de Dios.

Ella era romántica. Él estaba romántico. Le preguntó a la compañera reciente:

--- ¿Lo quiere de veras?

--- ¡De veras! Me enloquece el ruido de la ciudad. Ansío vivir aquí.

--- Pienso como tú, santa. Somos ricos; demasiado ricos, quizá. Y viviremos aquí por siempre. Podemos hacerlo.

7

Cierta vez y mujer paseaban por la playa. Era una noche de plenilunio, y la brisa del mar pretendía alisar la arena.

Al andar, Santa tropezó:

--- ¿Una piedra?

Se inclinó Emilio:

--- No; es un cacharro de arcilla.

Lo recogió. Lo contemplaron un instante y lo arrojaron luego.

--- ¿De los indios? ---preguntó ella.

--- No; fabricación posterior. Colonial, talvez ---respondió él con suficiencia.

--- ¡Ah!... ¿Habrían vivido antes hombre aquí? Hombre que soñaron como nosotros, en este ambiente cordial, bajo este cielo, frente al océano…

--- No; eso no es de creer. Acaso, una estación pesquera. Gente de tránsito. Aventureros. Piratas. En fin, todo puede ser. No sé…

Siguieron caminando. Mas lentamente, ahora. Sus pasos dejaban huellas oscuras en la arena mojada. Parecían duraderas esas huellas. Luego, la marea se encargaría de borrarlas…